

Descartes: la fuga hacia el sujeto

Uno

Descartes aún no había nacido el día en que Enrique IV de Navarra creyó oportuno convertirse al catolicismo para ganar la corona de Francia. Cuando ese mismo rey puso fin a las prohibiciones que pesaban sobre los calvinistas promulgando el edicto de Nantes, Descartes tenía dos años. Cuatro, cuando la Iglesia quemó vivo a Giordano Bruno. En 1603, Shakespeare hizo conocer su *Hamlet*. Descartes era, para ese entonces, un niño de seis años. Se aproximaba a los nueve cuando Bacon publicó su tratado *Sobre el progreso del saber* y Cervantes la primera parte del *Quijote*. Cursaba los once cuando Inglaterra dio inicio a la ocupación sistemática de la India mientras los jesuitas creaban las misiones del Paraguay. En 1610 ya era un jovencito y debió recibir con horror y perplejidad la noticia de que Enrique IV había caído apuñalado por un fanático. Es posible que ese mismo año lo haya conmovido el hecho de que Galileo llevara a cabo sus grandes descubrimientos telescópicos y que el microscopio fuera inventado.

Recuerdo estos sucesos, sólo hilvanados por la contradicción y el conflicto, porque en su atmósfera enrarecida habría de crecer el hombre que se empeñó en despejar el campo del conocimiento de toda irracionalidad metodológica. El hombre, en suma, que denunció el dogma y la pasión desenfundadas como las fuentes promotoras de la malversación de la verdad. Pero si es indiscutible que Descartes supo mostrarse resuelto y no sólo inspirado al emprender su tarea, no menos cierto es que supo ser prudente a la hora de darla a conocer. Veinte años tenía cuando la Iglesia declaró que la teoría heliocéntrica era contraria a las Sagradas Escrituras. Veintidós cuando fue alcanzado por el júbilo y el fervor con que los hombres reiniciaron las matanzas religiosas que dieron forma a la Guerra de

los Treinta Años. Acaso por todo ello, cuando Galileo se retractó ante la Santa Inquisición encontró prevenido al pensador francés. En 1637, cuatro años después de aquel en que la tierra detuvo su marcha a pedido del Vaticano, Descartes divulgó con cautela un libro al que presintió lleno de riesgos y al que llamó *Discurso del método*.

Dos

El Colegio Real de La Flèche había sido fundado en 1604. Enrique IV encomendó su dirección a los jesuitas y allí ingresó Descartes en 1606. El rey, ya quedó dicho, pasó de calvinista a católico, allanándose así el acceso al trono de Francia.

Con la creación del Colegio, Enrique respondía al empeño puesto en afianzar el incipiente desarrollo del reino. Se requería un Estado sólido y hegemónico. Había que imponer la vocación de unidad sobre el espíritu de secesión todavía imperante. La educación debía jugar su papel en el proyecto y, en su propio terreno, Descartes habría de ser fiel a este mandato.

Si París bien valía una misa, resultaba claro que los imperativos de la fe debían supeditarse a los de la conveniencia. Por lo menos, si el creyente era un político. El modelo pedagógico impuesto en La Flèche se inspiraba en los frutos que alcanzara en la prestigiosa universidad de Coimbra. Allí se formaban auténticos malabaristas de la dialéctica. La enseñanza de la filosofía se impartía a través de interminables y esmeradísimas controversias. Cada tema se abordaba mediante el uso de los tradicionales esquemas de las disputas silogísticas: repetir, analizar, oponer, negar, acordar, distinguir en sus partes constitutivas las proposiciones del contendiente o interlocutor. Inspirado seguramente en su propia experiencia, Enrique IV estimó conveniente inculcar en las nuevas generaciones la necesidad de aprender a argumentar. Se trataba de compensar con sutileza expresiva la naturaleza evasiva de una verdad que se mostraba, en tantos órdenes capitales, reacia a la transparencia. Después de todo, el consenso que pudiera conquistar una propuesta otorgaba al talento expositivo atributos de verosimilitud que la acercaban a lo verdadero. Convencer no significaba tener razón pero lo razón sólo parecía asistir a quien resultaba capaz de convencer. Era, por lo demás, una vieja enseñanza griega que las circunstancias aconsejaban reactualizar.

A Descartes, por supuesto, no se le escapó el carácter artificial de tan compleja docencia. La habilidad retórica, concluyó, no pasaba de ser enmascaramiento. Y la cuestión no era la apariencias; la cuestión era la realidad. Esa realidad que, en principio, sólo se ofrecía al espíritu vigilante

como materia de inmediata duda visceral. Porque —hay que decirlo— la duda metódica es el fruto tardío de un proceso doloroso y demorado. Antes está la duda como padecimiento. Y Descartes la conoció. Nada más elocuente, al respecto, que las primeras páginas de su *Discurso*.

Cuenta el pensador que siendo joven se empleó como soldado. No luchó por convicción ideológica sino por curiosidad mundana. Más allá de la causa defendida por cualquiera de sus empleadores estaba, para él, el espectáculo social. Ese mundo que, cabalgando, podía conocer. Después de todo, si su rey había podido afirmar que París bien valía una misa, ¿por qué no podía él sostener que el paisaje infinito de las costumbres bien valía una bandera?

La zambullida en el océano de criterios y creencias fue aleccionadora. A los hombres, concluyó Descartes, les importa mucho más imponer sus pareceres que saberlos fundados en sólidos principios. Desde esta perspectiva, el célebre *Discurso* puede leerse como fruto de una decisión: la de contribuir a poner fin a las disputas entre convenciones igualmente arbitrarias. Adoptó para ello un método apto para enseñar que la verdad es una y objetiva. La propuesta, se sabe, data del año 1637. En 1640, los colegios jesuíticos de Francia prohibieron el estudio de la obra cartesiana. Siete años después, la universidad holandesa de Leyden tomó idéntica disposición. En 1649, Descartes aceptó la invitación de la reina Cristina de Suecia y se trasladó a Estocolmo. No vivió mucho más. Cristina era políglota. Hablaba y escribía en más de diez idiomas. Su avidez intelectual era infinita. No menor su energía: invertía más de quince horas diarias en su Real actividad. Su ritmo febril superó a Descartes. Ella, sin embargo, no estaba dispuesta a advertirlo. Lo quería temprano, cada mañana, en su despacho. El siglo XVII alcanzaba, lozano, su primera mitad cuando Descartes, exhausto, se apagaba a los cincuenta y cuatro años.

Tres

No es improbable que Descartes haya leído a Herodoto. Y si, como todo indica, tal cosa ocurrió en sus años mozos, no pudo menos que haberlo conmovido la anécdota que el historiador atribuyó a Darío. Gilbert Murray la recoge en un estudio consagrado a Eurípides:

El rey persa convocó juntos a algunos griegos y a algunos representantes de las tribus indostánicas y preguntó a los primeros a qué precio consentirían en devorar los cadáveres de sus propios padres. '¡Por nada del mundo!', contestaron indignados los griegos. 'Los quemaríamos con toda reverencia'. Entonces el rey preguntó a los indostánicos a qué precio consentirían quemar los cadáveres de sus padres, y ellos se

estremecieron de horror, declarando que más bien se los comerían con todo amor y respeto.

Este carácter de los valores, cambiante y relativo, colmó de angustia a Descartes. Un mundo gobernado por criterios tan poco objetivos no podía propiciar el conocimiento. Dogmas, creencias y caprichos preponderaban por doquier y en el campo del saber de manera más que escandalosa.

Era preciso, por lo tanto, arrancar el prejuicio al menos de ese terreno eminente donde, desde hacía tanto, estaba enquistado. Para ello era preciso gobernar la pasión. A diestra y siniestra, la pasión dictaminaba qué era cierto y qué no y, para hacerlo, revestía su arbitrariedad profunda con los ropajes fastuosos de una lógica que se decía universalmente válida cuando en rigor no lo era. Se trataba, pues, de desenmascararla; de alcanzar principios sólidos y simples mediante los cuales brindar a la verdad un suelo propicio para su sano despliegue.

Cuatro

El poeta Joseph Brodsky habría dicho, según Octavio Paz, que los orígenes del autoritarismo no debían buscarse en Hegel y Marx sino en Descartes. El mal —habría afirmado— empezó con Descartes que dividió al hombre en dos y que sustituyó el «alma» por el «yo».

Se diría que, para Brodsky, Descartes promueve la fuga hacia el sujeto, es decir la fuga desde los confines de la ambigüedad última y enigmática de lo real, hacia esa patria redencional que asegura que el error no es ontológico sino metodológico.

Descartes no advirtió, o bien no quiso advertir, que el primado de la lógica sólo podía fundarse en una pasión tan unilateral como aquellas cuya despótica hegemonía él combatía. Quiero decir que el filósofo no estaba dispuesto a admitir que, al fin y al cabo, el sujeto era también una construcción del corazón, tan íntima como las preferencias más simples y tan objetiva como un decreto.

Si se exceptúa a Galileo, Descartes fue el primero, en el siglo XVII, que sintió la imperiosa necesidad de cuantificar y precisar metodológicamente las aproximaciones a la verdad. Se imponía, en suma, la matematización del mundo. Al arquitecto Descartes se le debe, pues, la creación del tramo central del muro que aspiró a separar de una buena vez lo discernible de lo indiscernible, lo finito de lo infinito, lo nocturno de lo diurno. Creador del sujeto moderno, Descartes trae a la Europa de su tiempo la buena